

Revista metapolítica "Juárez desconocido"

Sánchez y Díaz de Rivera, María Eugenia

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/400>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ATRIL

**REVISTA *METAPOLÍTICA*
“JUÁREZ DESCONOCIDO”**

Número especial
Bicentenario del Benemérito
Volumen 10, marzo-abril 2006. Número 46*

Ma. Eugenia Sánchez Díaz de Rivera**

Agradezco a los editores de la prestigiada revista *Metapolítica*, y particularmente a quienes promovieron este número especial, la invitación que me hicieron para presentarlo, además en este espacio tan inspirador como es “Profética”.

La revista me pareció excelente y pertinente. Empezando por la forma, su arquitectura es magnífica. Se compone, obviamente, de artículos de alto nivel académico que abordan al Benemérito desde diferentes ángulos y enfoques: Juárez y la ley, Juárez y la masonería, Juárez y la guerra, Juárez y su tránsito de lo indígena a lo liberal, la construcción del mito de Juárez y la imaginería a su alrededor, Juárez y la presidencia, etcétera. Pero además, como para enmarcar estos artículos y darles densidad artística e histórica, aparecen cuadros de Francisco Toledo, la carta de Víctor Hugo pidiéndole a Juárez que respete la vida de Maximiliano, textos de Justo Sierra o de El Nigromante, la descripción del funeral de Juárez, o bien caricaturas de la época.

* Presentación de la revista: 6 de abril de 2006, en Profética.

** Profesora de Tiempo Completo, Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Iberoamericana Puebla.

¿Por qué la relevancia de la revista? En un contexto mundial en el que el Estado Nación moderno está sufriendo rupturas y modificaciones severas, en que la relación entre religión y política se ha vuelto un tema central en la arena política mundial, en el que los pueblos indios –en el caso de México y Latinoamérica– reclaman autonomías y los inmigrantes en los países europeos el reconocimiento a la diferencia, en el que multiculturalismo y ciudadanía se vuelven complejos temas de análisis y de conflictos políticos, creo que analizar la figura de Benito Juárez tiene un interés especial para nosotros los “mexicanos”, pero no solamente, porque como dice Michel Wieviorka, la articulación de las identidades forjadas en la historia, los derechos ciudadanos y las elecciones individuales, se han vuelto un reto acuciante.

Para el heterogéneo mundo de los “mexicanos” que habitamos desde Los Angeles o Chicago hasta el río Suchiate, entender raíces y sentidos, acontecimientos fundacionales de una nación y de un Estado, rupturas fundacionales no resueltas, e instituciones públicas estatales ambiguamente liberales y democráticas es en la actualidad muy importante. Y lo es porque para bien o para mal, como señala Roger Bartra, “el nudo de redes mediadoras imaginarias que aseguran la cohesión y la identidad del sistema social está sufriendo un hondo malestar”. Y como algunos de los detonantes de la creatividad social para enfrentar el presente y el futuro, hoy cada vez más inciertos, son los sueños y la memoria, recordar los hilos históricos que nos han sostenido –aunque habitualmente sean más construcciones sociales que realidades reales, como lo analizan los artículos de esta revista– es fundamental. Y esta revista lo hace: realiza un análisis riguroso y fecundo de uno de los íconos más importantes de México. Tan importante que con el Bicentenario todo mundo se apropió de él a su manera, por identificación o por manipulación.

Cuando uno recorre con la mirada histórico-positivista centrada en héroes y caudillos, de la que habla Boris Berenzon en su artículo, o en antihéroes, y va pasando de Santa Anna, a Juárez, a Porfirio Díaz, a Carranza, y de Cárdenas, a Echeverría, a Salinas y a Fox, y después se sienta a ver por televisión la arrebatada de las campañas electorales del año 2006, uno pregunta cuál es el hilo conductor de nuestra historia y de nuestras identidades.

El carácter mítico, y la fuerza simbólica de Juárez con todo lo que de polémico tiene, como lo señala Conrado Hernández López en su texto, la fuerza de ese mito paradójicamente construido por Porfirio Díaz, como analiza Israel Arroyo en su análisis, representa, probablemente con más fuerza que ningún otro personaje de nuestra historia, la identidad nacional fragmentada, no plural, y la ambigüedad del Estado moderno mexicano.

Quiero retomar dos aspectos que me interesan de manera especial y que se arraigan en el complejo siglo XIX mexicano: el de la identidad nacional mestiza construida racistamente y que en la actualidad está resquebrándose y el de la estructura de un Estado mexicano que se consolidó como un Estado formal liberal y un Estado informal articulados por reciprocidades, como de alguna forma ha estudiado Fernando Escalante.

¿De indígena zapoteca a liberal admirador de Estados Unidos?

Justo Sierra, en *Juárez, su obra y su tiempo*, citado en la revista dice: “Juárez creía en su deber, deber de raza y de creencia, sacar a la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, a un estado mejor”. No estoy segura que Juárez avalara estos comentarios, al menos en su forma. Pero ciertamente el Benemérito va poco a poco renunciado a la identidad indígena de su época y adquiriendo una visión despectiva de la cultura indo-colonial. Carlos Sánchez Silva, en el artículo “Juárez entre la tradición y la modernidad”, cita un escrito de Juárez: “Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que los obligue a leer y no los obligue a gastar sus ahorros en cirios para santos”. Juárez ya no se considera indio.

El racismo de liberales y conservadores, el racismo que se concreta en dos vertientes hasta el presente –la segregacionista y la asimilacionista–, el racismo que le hace decir a José María Mora “*por ley ya no existen indios*” sólo ciudadanos, es introyectado por Juárez y tendrá repercusiones históricas para los pueblos indios, que ahora reclaman

sus derechos colectivos y territorios. Pero, paradójicamente, el origen indígena de Juárez permite a los hombres del poder –Boris Berenzon nos aporta una excelente muestra de discursos presidenciales– “pagar sus culpas con los indígenas”. Y no sólo es permitido a la clase política, sino también a una gran parte de los ciudadanos, a través de la versión más cotizada en las escuelas –según Berenzon¹⁵⁰ la del pastorcito indígena que llegó a la Presidencia.

La experiencia personal de discriminación que sufrió Benito Juárez con el consecuente resentimiento que aquella provoca, la experiencia de sufrir en carne propia el impacto de los privilegios del clero o de los militares, la visión agustiniana adquirida en el Seminario y sobre todo su paso por el Instituto de Ciencias y Artes lo llevaron a adquirir una verdadera obsesión por formar al nuevo ciudadano, por someter a la Iglesia, por acabar con los usos y costumbres de los pueblos indios, y por la libertad individual. Estados Unidos y su República Federal significaban un referente cultural, además de una alianza estratégica, y la masonería una identidad además de una fuerza política. Europa y sus monarquías eran el símbolo de esos privilegios, jerarquías, adoc-trinamientos, y de ese racismo que habían dejado una impronta psicosocial vigente hasta ahora, además de estructuras que subordinaban a esa “nación” caótica buscando su destino.

Juárez, ese mito que como a todos los mitos –dice Arroyo– le crecen alas y es todo ambigüedad, representa hoy el conflicto de una identidad nacional que no ha sido tal. Para muchos Juárez representa la defensa de un Estado laico que a partir de la reforma al artículo 130 y sobre todo desde el gobierno de Fox parece estar en peligro. Representa al padre de la identidad moderna, para orgullo de muchos. Pero, otros le reclaman, ser el fundador del liberalismo económico, del capitalismo mexicano, de la subordinación a Estados Unidos. Para los pueblos indios, además de ser un busto en las plazas públicas de las comunidades, Juárez significa un vago futuro mejor y un modelo de virtudes indígenas. Tal vez “la conciencia del tiempo, la virtud de saber esperar, la interpretación de la continuidad y estar convencido del retorno de los acontecimientos” –como dice Valadéz.

Juárez sigue representando para otros el obstáculo al nacionalismo guadalupano y al corporativismo eclesiástico que controla menos de lo

que cree la religiosidad popular a pesar de la canonización de Juan Diego. ¿Será que sigue latente el intento de la Iglesia por mantener su preeminencia social y el de la masonería por disputarle el control de las conciencias, como Ma. Eugenia Vázquez analiza en su artículo para el siglo XIX?

Clase, etnia, nación, género e individualismo –anclados en los viejos antagonismos coloniales y del siglo XIX– se están entrelazando a través de procesos cambiantes e inéditos que hay que observar con atención. Los análisis presentes en esta revista nos pueden aportar algunas claves importantes.

El Estado formal y el Estado informal

Tiene razón Brian Hamnet, en la entrevista que aparece en la revista, al afirmar que 1867 representó un parteaguas en la historia moderna de México, quizá más importante que 1910. Porque Juárez establece los fundamentos del Estado mexicano con todas sus ambigüedades. Él se veía a sí mismo como la encarnación de la soberanía nacional y la virtud republicana, y yo creo que lo era sin serlo. Juárez comprendió la trascendencia de resistir ante la amenaza de las potencias europeas, insiste Hamnet.

Cosío Villegas, en otro texto insertado en la revista, considera que Juárez tuvo la capacidad de adelantarse a su tiempo, de conjuntar el ser estadista y político, conciliador e inflexible, además de caracterizarse por su honestidad personal. Algunos autores relativizan la famosa austeridad republicana. Creo que es indudable que el intento de construir una legalidad liberal, una república federal, por ende la secularización del Estado, la valorización del individuo más allá y más acá de la colectividad, la superación de estructuras económicas feudales, coloniales ciertamente debe agradecerse y la visión y la fuerza de hacerlo no pueden ser entendidos fuera de su contexto histórico. Su alianza estratégica con Estados Unidos tuvo mucho de oscuro, y varios de los autores relatan con detalle el trasfondo de sumisión y de subordinación que hubo detrás del Tratado McLane Ocampo. Pero no había muchas posibilidades de vencer a las potencias europeas, aun cuando éstas

estuviesen enfrascadas en sus propias guerras, que aliándose con Estados Unidos.

Juárez sienta las bases del Estado moderno, pero de un Estado moderno a la mexicana. Silvestre Villegas y otros autores de este número hablan del uso discrecional del poder que hacía Juárez, incluso a expensas de la Constitución de 1857, de las famosas facultades extraordinarias, de lo tortuoso de las relaciones con sus contemporáneos, de subordinar el Poder Judicial al Ejecutivo, de dejar sin resolver la sucesión presidencial a través de procedimientos auténticamente democráticos, de sentar las bases de una Presidencia fuerte. ¿Era esto inevitable ante el caos reinante durante la primera mitad del siglo XIX, y ante la amenaza de un nuevo orden colonial? Y es que Juárez estuvo enmarañado en una transición sociocultural y sociopolítica en la que las estructuras coloniales, incluidas las repúblicas de indios y las ideas liberales que sustentaron la Independencia, se entrelazaban sin articularse. Juárez establece elementos de articulación, aunque tal vez, dice Hernández, el odio que tenían Juárez y Melchor Ocampo a los militares no ayudó a encontrar opciones que hubieran sido menos violentas y desgarradoras.

El resultado fue un Estado que intenta construir a la nación, a la inversa que en algunas otras latitudes del planeta. Un Estado formal que se articula con un Estado informal mediante todo tipo de reciprocidades con los caciques regionales, con la Iglesia, con los grupos económicos no siempre legales, con militares, figura que alcanza su consolidación en el Priato.

Este liberalismo *sui generis* me hace pensar en la Sierra Norte de Puebla, en donde el famoso Juan Francisco Lucas, que pertenecía a la Logia de la Montaña y organizaba sesiones masónicas en lengua náhuatl, sostenía estructuras corporativas y patriarcales, y era querido por la gente porque mantenía la “identidad indígena”. O bien en la forma como los mismos indígenas que se alegraban porque las nuevas leyes prohibieran el trabajo forzado, se levantaban en armas, como Pala Agustín, indígena de San Andrés Tzicuilan, en contra de la liberalización de las tierras comunales.

Conclusión

En el complejo y turbulento escenario mundial, en México, ese espacio social con un Estado que parece desvincularse cada vez más de la nación, de las naciones o de las transnaciones que lo componen –pensando en los pueblos indios y en las comunidades transnacionales de migrantes– en el que las mediaciones institucionales y simbólicas del pasado se han vuelto disfuncionales, debatir sobre la figura de Juárez y su contexto, nodales en la historia de este país es muy relevante, independientemente del cumpleaños del notable indio-no-indio oaxaqueño. Felicidades por ello a *Metapolítica*.